Domingo 15 de febrero de 1998
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Lc 6,17.20-26

Bienaventurados los que lloráis ahora

Las bienaventuranzas es una de las enseñanzas más conocidas del Evangelio de Jesucristo, y también una de las más impactantes. Nadie que se ponga sinceramente ante estas sentencias puede dejar de sentirse interpelado, más aun si el que las lee es un cristiano y, por tanto, cree que el Evangelio es la Palabra de Dios. Hay sólo dos reacciones posibles: o se da crédito a estas palabras y se toman actitudes consecuentes que cambien nuestra vida; o se despachan con cinismo, como hicieron los oyentes de San Pablo en el areópago de Atenas: "Sobre esto ya te oiremos otra vez" (Hech 17,32). Ojalá todos los que lean este comentario adopten la primera actitud y examinen seriamente su tenor de vida a la luz de esta enseñanza de Cristo.

Las bienaventuranzas se encuentran en dos de los Evangelios: Mateo y Lucas. Pero ambas versiones difieren. En Mateo las bienaventuranzas son nueve, están dichas en tercera persona (salvo la última) y tienen la finalidad de exponer un programa de vida conforme con el Reino de los cielos: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos... Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos..." (Mt 5,3.10). En Lucas, en cambio, son sólo cuatro, están dichas en segunda persona ("bienaventurados vosotros") y, sobre todo, Lucas transmite además las correspondientes cuatro maldiciones. La versión más original es la de Lucas. Examinemosla más de cerca, para descubrir quiénes son los destinatarios y cuál es la intención de estas sentencias.

"Bienaventurados los pobres, porque vuestro es el Reino de Dios. Bienaventurados los que tenéis hambre ahora, porque seréis saciados. Bienaventurados los que lloráis ahora, porque reiréis. Bienaventurados seréis cuando los hombres os odien... por causa del Hijo del hombre. Alegraos ese día y saltad de gozo, porque vuestra recompensa será grande en el cielo".

A éstas hacen de contrapartida las cuatro maldiciones: "¡Ay de vosotros, los ricos!, porque habéis recibido vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros los que ahora estáis satisfechos!, porque tendréis hambre. ¡Ay de los que ahora reís!, porque tendréis aflicción y llanto. ¡Ay cuando todos los hombres hablen bien de vosotros!, pues de ese modo trataban sus padres a los falsos profetas".

¿A quiénes se dirige Jesús con el pronombre "vosotros"? Debemos examinar el auditorio. En el episodio precedente Jesús ha elegido los doce apóstoles. Bajando con ellos, se detuvo en un paraje llano donde estaba una multitud de discípulos suyos y una gran muchedumbre del pueblo, que habían venido para oírlo y ser curados de sus enfermedades. Era cierto que la fama de Jesús y de sus milagros se había difundido como el fuego. Lo escuchaban, entonces, tres categorías de personas: los doce, los demás discípulos y el pueblo. Entre estos últimos había todo tipo de personas, ricos y pobres; hambrientos y satisfechos; afligidos y gozadores. Todos nos podemos reconocer en este auditorio.

La principal de las bienaventuranzas es la primera, con su maldición antitética. En ellas se establece un contraste entre los pobres y los ricos: "Bienaventurados vosotros, los pobres... ¡Ay de vosotros, los ricos!". No se puede negar que ésta es una afirmación insólita, muy opuesta a los criterios que rigen entre los hombres, especialmente en nuestra sociedad consumística actual, donde lo normal es admirar a los ricos y envidiar su suerte, mientras se compadece a los pobres y se lamenta su desgracia. Si Jesús se hubiera detenido allí, su afirmación habría sido inexplicable; pero él sigue adelante indicando por qué unos son dichosos y otros desgraciados: es que la situación actual se invertirá en el futuro, y mientras lo actual durará un brevísimo tiempo, lo futuro será definitivo y eterno. Esto queda más claro en las dos siguientes bienaventuranzas -sobre los que padecen hambre y los que lloran-, que son una formulación más concreta de la primera, pues aquí resuena como un campanazo el adverbio de tiempo "ahora": los que padecen hambre y lloran ahora, por este breve tiempo presente, serán saciados y reirán por toda la eternidad; en cambio, los que están saciados y rien ahora, por este breve tiempo presente, padecerán hambre y llorarán por toda la eternidad ¡y sin remedio! Por eso los primeros son dichosos y los segundos desgraciados.

Para ofrecer un ejemplo concreto de misma enseñanza Lucas se detiene en la parábola del rico gozador y del pobre Lázaro. Entre ellos se da el mismo contraste que indicaba Jesús con las bienaventuranzas-maldiciones. La conclusión, puesta en boca de Abraham como una respuesta al rico es esta: "Hijo, recuerda que ya recibiste tus bienes durante tu vida y Lázaro, al contrario, sus males; ahora pues, él es aquí consolado y tú atormentado" (Lc 16,25). La parábola insiste en que esa situación es definitiva e irreversible, pues se interpone un abismo entre el rico atormentado y Lázaro consolado.

San Pablo estaba bien asentado en esta enseñanza de

las bienaventuranzas de Jesús como lo revela esta certeza que expresa en su segunda carta a los Corintios: "No desfallecemos, aun cuando nuestro hombre exterior se va desmoronando... En efecto, la leve tribulación de un momento nos produce, sobre toda medida, un pesado caudal de gloria eterna" (2Cor 4,16-17). La tribulación presente es leve y dura un momento; la gloria futura es un pesado caudal que supera toda medida y dura eternamente.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción